

La leyenda cristiana

Prefacio

Si dudo de muchas cosas no es por indiferencia hacia la verdad, sino al contrario, porque tomando la verdad más en serio que más contradictores, soy más exigente que ellos en materia de pruebas.

EDMUNDO SCHERER

El cristianismo tiene por origen la creencia en la resurrección de un cadáver y en la próxima aparición de este cadáver resucitado bajando entre nubes del cielo.

Sobre este «fundamento», según se expresa Bossuet, la Iglesia cristiana se ha establecido y se ha perpetuado.

Si esta base se derrumba, ¿qué será de la religión cristiana? San Pablo nos lo enseña cuando dice:

«Si Cristo no ha resucitado, nuestra fe es vana.»

Toda controversia, pro o contra la Iglesia cristiana, podría, pues, reducirse al examen de estas dos cuestiones:

¿Ha resucitado Jesús?

¿Ha reaparecido, según su promesa, bajando sobre nubes del cielo?

Porque si estos dos acontecimientos no se han producido, se ha de convenir que los cristianos de todos los siglos han vivido sobre una ilusión; sobre una impostura, dijo el filósofo pagano Celso;¹ sobre una locura, como indica Renán en términos en que la retórica galante ocupa demasiado espacio: «Digamos, no obstante, que la fuerte imaginación de María de Magdala (que fué poseída por siete demonios), desempeñó en esta circunstancia (la leyenda de la resurrección) un papel capital. ¡Poder divino del amor! ¡Sagrados momentos en que la pasión de una alucinada da al mundo un Dios resucitado!»

Si estos dos acontecimientos, la resurrección y la vuelta de Jesús escoltado por un cortejo de ángeles (la Parusia), no pasan de invenciones de locos o relatos de alucinados, ¿qué

crédito puede darse a los escritos evangélicos que nos los cuentan como si fuesen hechos reales, sin los cuales la fe cristiana no sería más que una «vanidad»?

En este caso estos escritos «sagrados» se nos aparecen como una recolección de sueños, una compilación de mitos y de cuentos populares, de elucubraciones amañadas, arregladas, imaginadas según los tiempos y las circunstancias, a beneficio de una causa eclesiástica y no en vista de la manifestación de la verdad.

Vencido por la muerte, prisionero de la tumba, Jesús se convierte en un demente o en un impostor que consiguió hacer compartir a unos cuantos individuos de su vecindad la creencia en estas alucinaciones o en estas invenciones de megalómano.

En otra hipótesis más favorable, la que indicaba un célebre teólogo en una página que podrá leerse en este libro, Jesús no se nos aparece sino «como un rabino hábil en recitar dichos y parábolas sacadas del Antiguo Testamento y del *Talmud*, mezclando a ellas unas cuantas locuras».

Aun reducido a este mínimo, que casi no deja subsistir nada de la antigua leyenda, el cristianismo carece de certidumbre. La existencia de la personalidad que se le atribuye por fundador puede ponerse en duda. Queda siendo un problema. Las apologías cristianas conocidas con el nombre de Evangelios han sido trazadas como una novela sobre un viejo cañamazo. Lo demuestro en este libro.

Tales son los resultados que, de acuerdo con críticos eminentes, he obtenido personalmente. Los expongo lealmente en esta obra de sinceridad, con el deseo y la esperanza de ser útil a la gran causa del Libre pensamiento.

Los someto de muy buena gana al examen y a la discusión de los hombres de buena fe, y alegremente los entrego a las injurias de los demás.

AUGUSTO DIDE

¹ Por los años 178 escribió una obra, *Palabras de verdad*, contra el cristianismo. Se conocen fragmentos de esta obra por la réplica que le hizo Orígenes.